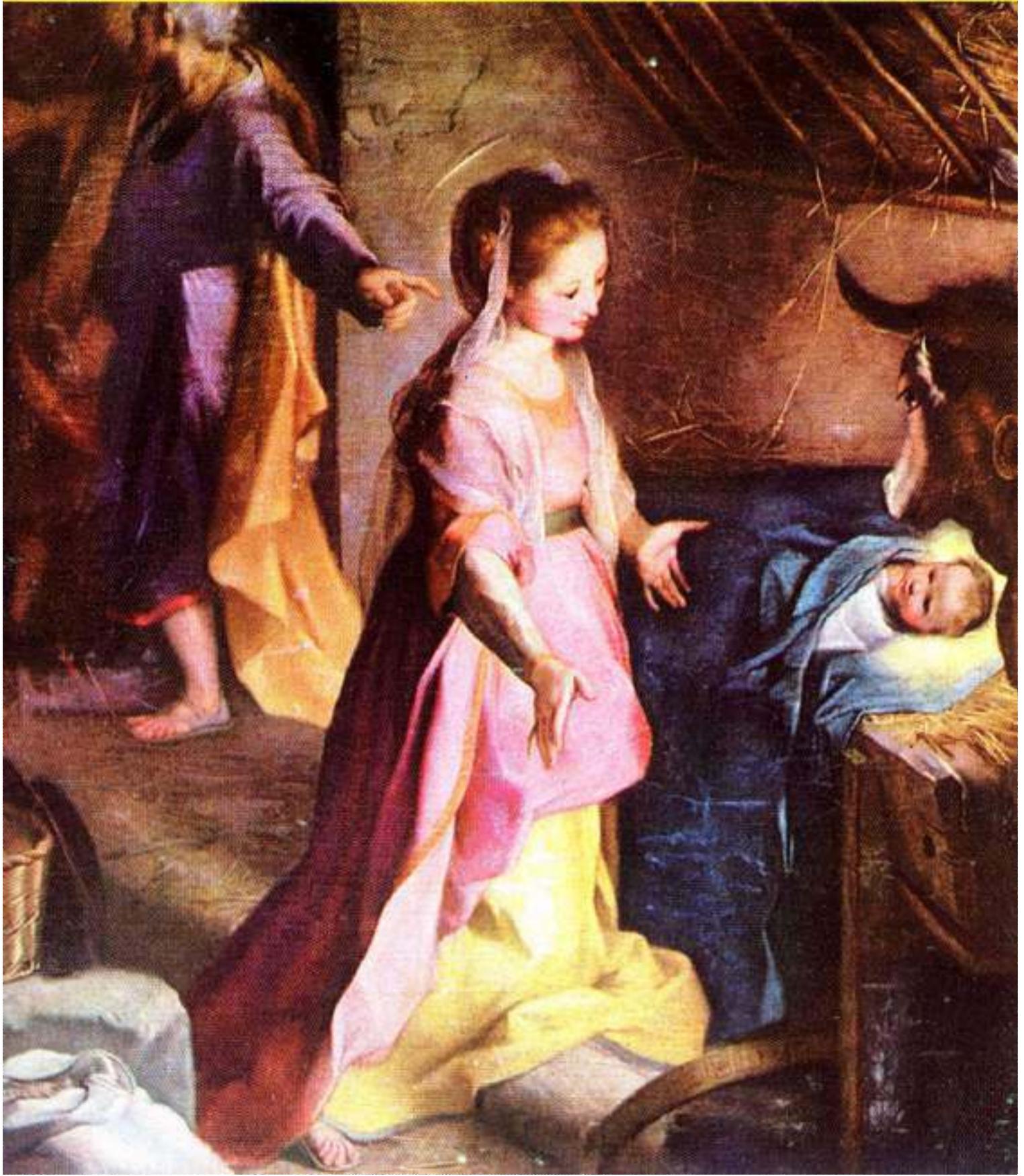
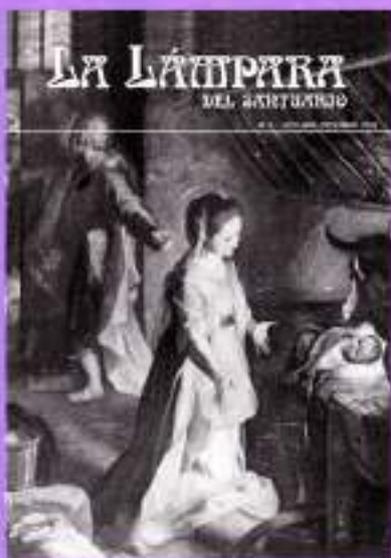


LA LÁMPARA DEL SANTUARIO

Nº 9 - OCTUBRE-DICIEMBRE 2003





LA LÁMPARA DEL SANTUARIO

Edita:

Adoración Nocturna Española

Dirección:

Jesús González Prado

Consejo de Redacción:

Salvador Muñoz Iglesias

Pedro García Mendoza

Francisco Garrido Garrido

Avelino González González

Angel Blanco Marín

Colaboran en este número:

Avelino A. Nistal

Domingo Muñoz León

José M.ª Berlanga López

Andrés Molina Prieto

Manuel Garrido Bonaño

José Luis Otaño

Redacción y Administración:

Barco, 29 -1.º

Teléf.: 91 522 69 38 - Fax: 91 446 57 26

28004 Madrid

www.adoracion-nocturna.org

E-mail: consejo@adoracion-nocturna.es

E-mail: consejo@adoracion-nocturna.org

Imprime:

Gráficas Blamai

Juan Pantoja, 14

28039 Madrid

Marca n.º 535.268

"La Lámpara del Santuario"

Depósito Legal:

M-42307 - 2001

ISSN 1579-9492

Sumario

- 1 Adorado sea el Santísimo Sacramento
La Eucaristía-Presencia real de Cristo
- 2 Nuestra portada
Federico Fiori, «il Barocci» (1526-1612)
- 3 Palabra de Dios
*La institución de la Eucaristía,
Quinto Misterio Luminoso del Rosario (III)*
- 7 La fe de nuestros padres
Cipriano de Cartago
- 10 Cantar a la Eucaristía
Nuevos tiempos, nuevas formas
- 13 Algo de Historia
El baile de los «seises»
- 17 Vivieron la Eucaristía
San Pedro-Julián Eymard
- 21 La Misa en la Iglesia primitiva
Sacrificio sacramental
- 23 Santuarios eucarísticos
Capilla de la Encarnación en Nazaret
- 25 De nuestra vida
Pedro García Mendoza, Presidente Nacional
- 27 Tres meses

ADORADO SEA EL SANTÍSIMO SACRAMENTO

LA EUCARISTÍA - PRESENCIA REAL DE CRISTO

DIOS había dicho en el Antiguo Testamento que «sus delicias eran estar con los hijos de los hombres» (Prov 8,31).

En la Encarnación se hizo «Dios con nosotros».

Si ante la presencia cultural de Yahveh en el Tabernáculo de la Alianza, Moisés decía: «No hay otro pueblo que tenga los dioses tan cerca como lo está Yahveh nuestro Dios» (Dt 4,7), ¿qué diría al saber – como nosotros hoy – que «la Palabra se hizo carne y fijó su tienda entre nosotros»? (Juan 1,14).

Así vivió el Hijo de Dios entre los hombres durante los años de su vida mortal. Y antes de regresar al Padre, nos anunció que «no nos dejaría huérfanos» (Juan 14,18): «Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28,20).

No hace falta que Pedro le construya una tienda, como quería hacer en el Tabor (Mt 17, 4 y par.), y llegaron tarde los discípulos de Emaús cuando, en la tarde del Domingo de Pascua, le pedían: «Quédate con nosotros» (Le 24,29). Se había quedado el Jueves Santo en la Última Cena, cuando instituyó la Eucaristía...

Su Santidad Pablo VI concreta la fe de la Iglesia sobre este punto en el n. 24 del **Credo del Pueblo de Dios**: «Creemos que, como el Pan y el Vino consagrados por el Señor en la Última Cena se convirtieron en su Cuerpo y en su Sangre, que en seguida iban a ser ofrecidos por

nosotros en la Cruz, así también el Pan y el Vino consagrados por el sacerdote se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, sentados gloriosamente en los cielos; y creemos que la presencia misteriosa del Señor, bajo la apariencia de aquellas cosas, que continúan apareciendo a nuestros sentidos de la misma manera que antes, es verdadera, real y sustancial».

* * *

Aparte de contactar con Cristo en la Comunión, le tenemos a cualquier hora a nuestro alcance en el Sagrario, desde donde **nos habla y nos escucha**.

No hace falta que nos grite. Aunque parezca que no nos oye, tenemos su voz auténtica en la cinta magnetofónica de los Evangelios.

Y aunque nos advirtió que no necesitamos dirigirle grandes discursos, porque «sabe nuestro Padre celestial lo que necesitamos antes de que se lo pidamos» (Mt 6,8), nos exhorta frecuentemente a orar, pedir, llamar y buscar (cfr. Mt 7,7-11).

Nuestra oración cumplirá ambas recomendaciones, si nos acostumbremos a hacerlo con las fórmulas que nos han conservado los Evangelistas.

Si así lo hacemos, tendremos una doble ventaja: Nuestras oraciones serán breves, como a Él le gustan; y a sus oídos resonarán como cuando las oyó hace años en Palestina.

NUESTRA PORTADA

FEDERICO FIORI, «il BAROCCI» (1526-1612)

A caballo entre el Manierismo tardío y el pujante Barroco, nace en Urbino, como Rafael, de familia de artistas. A los 20 años colabora con F. Zucchero, pintor de El Escorial. Ante el Arte Barroco, la Ilustración hizo unas valoraciones negativas que se condensan en el Diccionario de la Academia Francesa (1740) que llega a afirmar en el término (**baroque**): «estilo con referencia a lo irregular, superlativo de lo extravagante y el exceso de lo ridículo».

Desde el siglo XVIII (Wólfín y Hauser) se conceptualiza al Barroco como un abanico de posibilidades en una Europa plural y que aparece en 1600 como un exponente de poder político y religioso cuyos artistas decoran los Palacios de Roma, Madrid, París, Países Bajos y Londres.

Por primera vez, no sólo disfrutaban los cortesanos en la intimidad de su Palacio, sino que el pueblo europeo de toda clase y condición aplaude y grita las obras de los artistas en las iglesias y procesiones, contemplando, además, en las plazas los dramas de los escritores complaciéndose al ver sus vidas, su historia y sus leyendas recreadas en la escena.

El Barroco

La Iglesia de la Contrarreforma está a favor de la imagen retórica y teatral; el espacio es concebido como un sistema visual propio para la contemplación, afirmando Santa Teresa al ver los Cristos llagados que: «las imágenes de la escultura castellana son para excitar la devoción, despertar nuestra atención o entretener nuestra sensibilidad».

Antes había advertido en sus Ejercicios Espirituales San Ignacio de Loyola, al hablar de la «composición del lugar» en cada meditación, que se precisaba como un control sobre lo que debían meditar y sentir, condicionando la imaginación de los fieles para evitar desviaciones individualistas: «hemos de considerar el motivo y la afición y gozo de la voluntad en lo vivo que representan...». Puede ser considerado esto como un manifiesto en pro de los sentidos y de la percepción sensual pictórica, de la que Julián Gállego comenta que: «su rasgo más genial es no desdeñar ni glorificar los sentidos, sino tenerlos en cuenta, empleándolos a mayor gloria de Dios, ya que tan decisiva es su influencia en el alma».

Paralelamente, aparece en Italia, una vez más, este movimiento cultural de la música barroca tan espléndida con Monteverdi y Scarlatti; luego en Alemania con J.S. Bach, Telemann y Háendel en sus Conciertos, Oratorios, Óperas y Corales.

Autor

«Il Barocci» tuvo que alejarse por enfermedad del círculo de eruditos del mecenas «cardenal Del Monte», donde

encontraron protección no sólo pintores (Caravaggio, Rubens y los Carracci), sino sabios como Galileo. Fueron los pioneros del nuevo lenguaje pictórico. Algún autor (Bellori) llega a afirmar que este purpurado, propició el nacimiento de las tres tendencias del Arte Barroco: transición del Manierismo, Caballero d'Arpiño y Barocci; Realismo tenebrista de Caravaggio y un clasicismo apoyado no en la mera imitación «maniera» del Renacimiento, sino en el estudio de la Naturaleza. Porque como dice La Bruyère: «Un pintor que pinta del natural, fuerza y acentúa una pasión y una actitud». Por eso, todos estos pintores, como buenos barrocos, tienen unos rasgos comunes y un sentido de la imagen: «dramático, emotivo, retórico y teatral». (Fernando Checa).

Nacimiento de Cristo

En su ciudad, Urbino, lejos del mundo romano y florentino, acepta las ofertas de los Franciscanos y otros religiosos de decorar sus iglesias. Todas sus obras están impregnadas de un sentimentalismo y colorido veneciano.

En esta obra lo primero que nos centra la vista es la luz y la oscuridad de la cueva. Si comparamos esta escena con la del Greco vemos algo similar: «el Niño es el punto único de luz; los belfos, las orejas del asno y del buey con su cornamenta resaltan su silueta creando el volumen de sus cuerpos y una profundidad de fondo en la cueva». Es un recuerdo del corto tiempo que coincidió con Caravaggio en el palacio del cardenal Del Monte.

El colorido de la Virgen Madre es muy veneciano, resaltando sus tonos: azules, rosa y amarillo, que logran acercarnos a la feliz y serena Madre en medio de tantas pajas y vigas.

San José, que invita a los pastores a entrar con su ovejita a los pies, recibe la graduación luminosa decreciente, señalando al Niño. Hay unas líneas muy destacadas: verticalidad de la Virgen en oración con sus manos abiertas, arrodillada en el escalón. San José, igualmente está en una vertical en forzada espiral por el gesto de los dos brazos invitando a entrar.

Lo más original es la acertada distribución de la luz; es una clara diagonal en toda la composición de la cueva oscura, que va desde la cabeza del Niño a la de la Madre hasta la de San José. En esa diagonal, muy barroca, coloca el pintor el protagonismo gradual de los tres personajes principales. Con esta disposición tan personal, Barocci se sale del común de los personajes principales. Con esta disposición tan personal, Barocci se sale del común de las representaciones del tema de los Nacimientos de otros pintores de su época.

Esta «alegría y devoción» entusiasmaron tanto a la reina Margarita de Austria, esposa del rey Felipe III, que el Duque de Urbino la regaló a la monarquía española. Por esta razón figura en el Museo del Prado.

AVELINO A. NISTAL

PALABRA DE DIOS

LA INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTÍA, QUINTO MISTERIO LUMINOSO DEL ROSARIO (III)

El testimonio eucarístico del Evangelio de San Lucas según la Encíclica «Ecclesia de Eucharistia»

LA celebración del año del Rosario ha coincidido con la publicación de la Encíclica «Ecclesia de Eucharistia» firmada por Juan Pablo II el día de Jueves Santo de 2003. Esta coincidencia viene a poner de relieve el acierto de la inclusión de la Institución de la Eucaristía como quinto misterio luminoso del Rosario. En los números anteriores de esta revista hemos visto la dimensión eucarística de los evangelios de San Marcos y San Mateo. Hoy nos corresponde ver la misma dimensión en el tercer evangelio. Para ello tenemos presentes las indicaciones de Juan Pablo II.

Los relatos de la Infancia

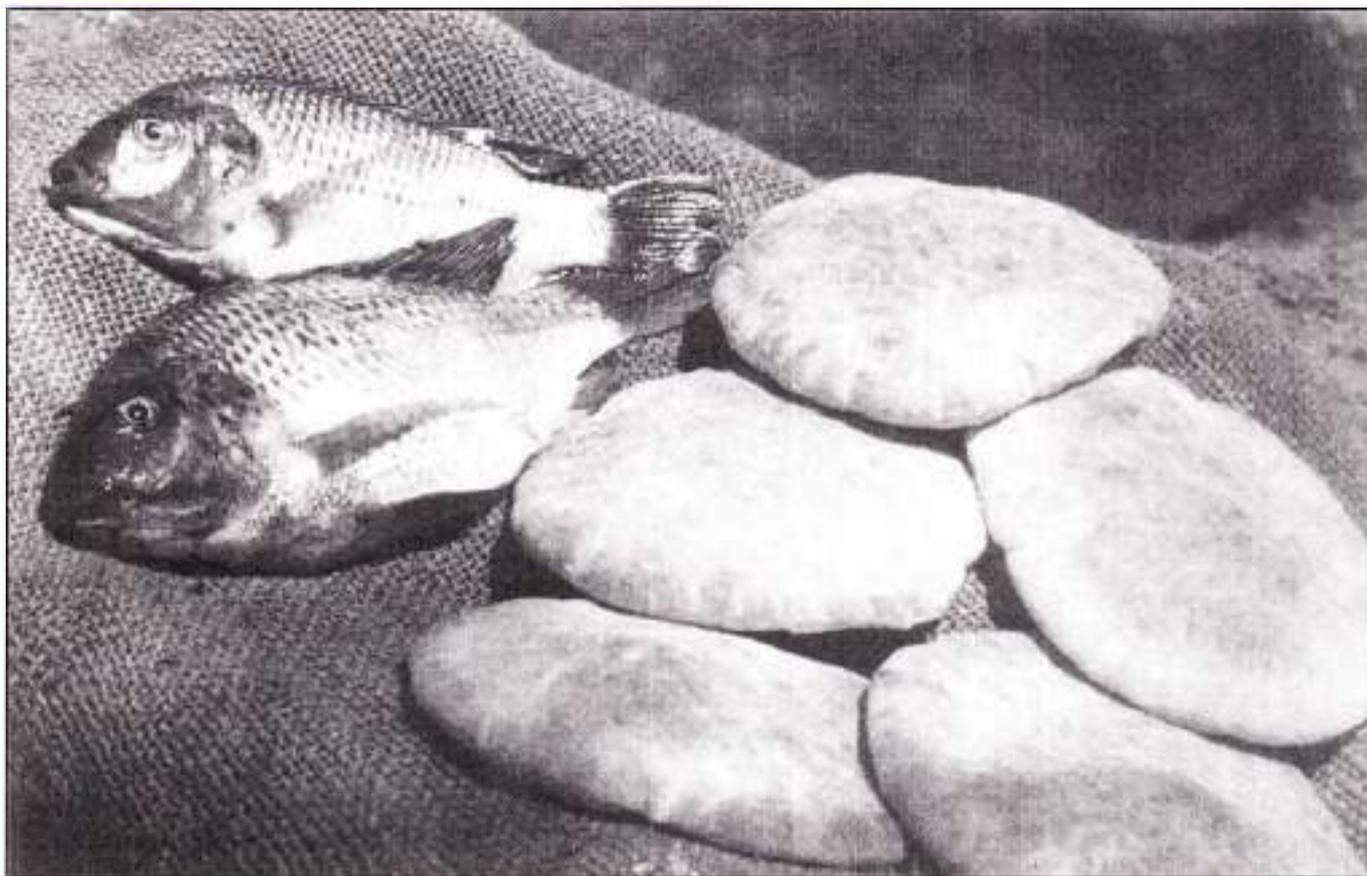
En la mencionada Encíclica de Juan Pablo II en un hermoso capítulo titulado «María Mujer Eucarística» se destacan una serie de rasgos interesantes.

La anunciación del ángel con el *fiat* de María que acoge al Verbo en su seno (1, 38) es, según el Pontífice, una comunión que anticipa y prepara

la Comunión Eucarística: «En cierto sentido, María ha practicado su *fe eucarística* antes incluso de que ésta fuera instituida, por el hecho mismo de haber ofrecido su seno virginal para la encarnación del Verbo de Dios. La Eucaristía, mientras remite a la pasión y la resurrección, está al mismo tiempo en continuidad con la Encarnación» (n.º 55). Y un poco más adelante en el mismo número 55 añade: «Hay, pues, una *analogía profunda* entre el *fiat* pronunciado por María a las palabras del Ángel y el *amén* que cada fiel pronuncia cuando recibe el cuerpo del Señor». La Encarnación del Verbo es la entrega que hará posible la Cruz y la Eucaristía.

También la Visitación de María a su prima Isabel (1,30-45) en la mente de Lucas es como el traslado del Arca de la Alianza a la montaña de Judá que lleva la Presencia y la bendición divina a casa de Zacarías e Isabel y santifica al Precursor.

Juan Pablo II considera el Magníficat (1,46-55) de la Virgen como una plegaria de acción de gracias por la redención. Por ello entra en la misma dinámica.



Finalmente el canto angélico en el Nacimiento de Jesús proclamando la gloria a Dios en las alturas y la paz en la tierra a los hombres (2,14), expresa el efecto de la venida de Jesús al mundo.

El signo del Pan y la petición del Pan

San Lucas nos narra la multiplicación de los panes (9,12-17) inmediatamente después del regreso de los apóstoles de la misión prepascual (9,10-11) y antes de la profesión de fe de Pedro (9,18-21). De esa manera el Signo del Pan aparece como elemento central en su relato. San Lucas coincide con los otros evangelistas en poner de relieve los gestos de Jesús que prefiguran la Eucaristía: «Tomó entonces los cinco panes y los dos peces, y levantando los ojos al cielo, pronunció sobre ellos la bendición y los partió, y los iba dando a los discípulos para que los fueran sirviendo a la gente» (9,16).

Mediante el signo del Pan todo el ministerio público de Jesús adquiere una dimensión eucarística.

La Oración del Padre Nuestro en Lucas contiene la petición del pan cotidiano (11,3) y está seguida de la parábola del amigo importuno que con su insistencia consigue los tres panes que necesita para atender a un amigo (11,5-8).

También Lucas, como los otros dos sinópticos, nos habla de la comida de Jesús con los pecadores como un hecho altamente significativo. Así, como introducción a las parábolas de la misericordia, el tercer evangelista escribe: «Todos los publicanos y los pecadores se acercaban a él para oírle, y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: «Éste acoge a los pecadores y come con ellos»" (15,1-2). Particular interés tiene el convite en casa de Zaqueo (19,1-10). Todos estos gestos tendrán su culminación en el banquete eucarístico.

El relato de la Institución de la Eucaristía

El tercer evangelista, aunque coincidiendo sustancialmente con los otros dos sinópticos, ha dado unos rasgos propios a su relato. En primer

lugar expresa el ferviente deseo de Jesús de llegar a este momento: «Cuando llegó la hora, se puso a la mesa con los apóstoles; y les dijo: «Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer; porque os digo que ya no la comeré más hasta que tenga su cumplimiento en el Reino de Dios" (22,14-16).

Seguidamente Lucas trae la bendición de una primera copa (que todavía no es la institución de la Eucaristía). He aquí el texto: "Y recibiendo una copa, dadas las gracias, dijo: «Tomad esto y repartiadlo entre vosotros; porque os digo que, a partir de este momento, no beberé del producto de la vid hasta que llegue el Reino de Dios»" (22,17-18). Muchos autores interpretan este gesto como un anuncio del Reino que se anticipa en la Eucaristía cuya institución se narra a continuación.

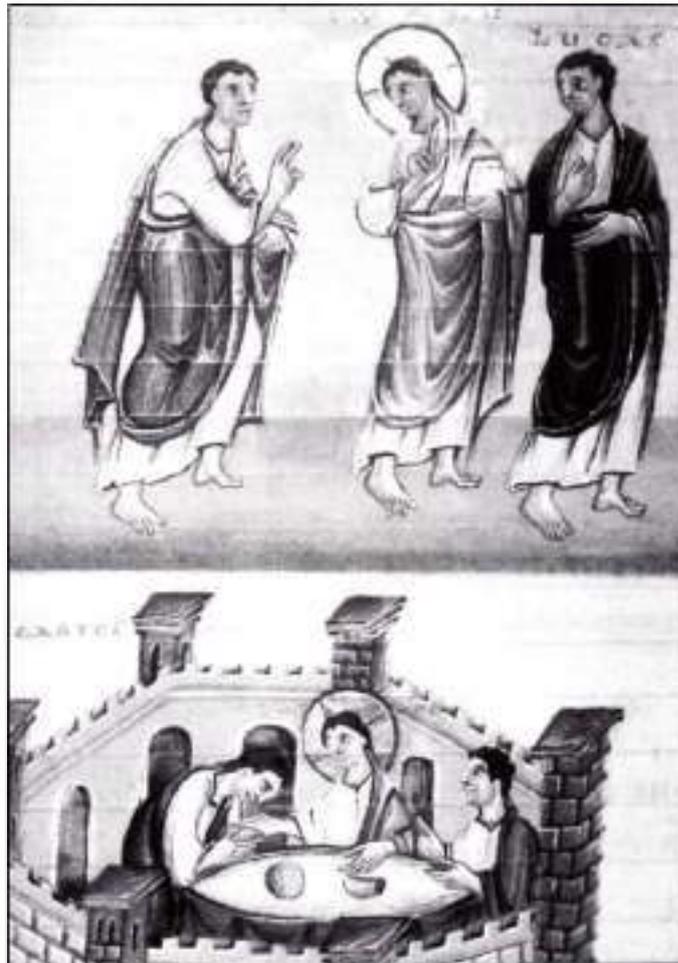
Las palabras de consagración del Pan según Lucas contienen la expresión "cuerpo entregado por vosotros; haced esto en memoria mía" y en las palabras de consagración del vino se mencio-

na la "Nueva Alianza". En estos dos detalles coincide con 1 Cor 11,24-25.

Juan Pablo II en su reciente Encíclica sobre la Eucaristía insiste en que la Agonía de Jesús y su *fiat* en la Oración del Huerto de los Olivos es el inicio de la entrega de Jesús anticipada sacramentalmente en la Eucaristía (n.º 3). En efecto, San Lucas en el relato de la Agonía de Jesús menciona la sangre de Jesús derramada. He aquí el texto: "Entonces, se le apareció un ángel venido del cielo que le confortaba. Y sumido en agonía, insistía más en su oración. Su sudor se hizo como gotas espesas de sangre que caían en tierra" (22,43-44).

La Cena con el Señor Resucitado: El relato de Emaús y la aparición a los discípulos reunidos en Jerusalén

Lucas, tras la visita de las mujeres al Sepulcro y el mensaje pascual, nos narra la reacción de



Pedro al contemplar el Sepulcro vacío y los lienzos por el suelo. Seguidamente nos ofrece uno de los relatos más bellos de la Biblia, la aparición de Jesús a los dos discípulos que se dirigen a Emaús. El relato, que es una catequesis sobre las profecías de la Escritura acerca de la muerte y resurrección del Mesías, termina con la siguiente escena: "Al acercarse al pueblo a donde iban, él hizo ademán de seguir adelante. Pero ellos le forzaron diciéndole: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día ya ha declinado». Y entró a quedarse con ellos. Y sucedió que, cuando se puso a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron, pero él desapareció de su lado" (24,28-31). Lucas concluye con estas hermosas palabras: "Ellos, por su parte, contaron lo que había pasado en el camino y cómo le habían conocido en la fracción del pan" (24,35).

La consiguiente aparición a los Once en el Cenáculo es asimismo una Cena del Resucitado con los suyos (24,42).

Conclusión

Queremos terminar con unas palabras de Juan Pablo II en que evoca la escena de Emaús: "Cada día, mi fe ha podido reconocer en el pan y en el vino consagrados al divino Caminante que un día se puso al lado de los dos discípulos de Emaús para abrirles los ojos a la luz y el corazón a la esperanza (cf. Lc 24,3.35)" (n.º 59).

Esta confidencia personal de Juan Pablo II es una invitación a todo cristiano a repetir la experiencia de los discípulos de Emaús: Invitar a Jesús a quedarse con ellos y a reconocerle en la fracción del pan.

DOMINGO MUÑOZ LEÓN



LA FE DE NUESTROS PADRES

CIPRIANO DE CARTAGO
Sobre las especies

La epístola 63 del obispo africano, a la hora de rebatir la costumbre de no mezclar en el cáliz de la eucaristía vino con agua y de exponer la «traditio dominica» de observar dicho rito, acude a diversos pasajes del AT en apoyo de su tesis y tradición eclesial.

Comienza exponiendo que en la historia de Noé «encontramos una figura precursora de este sacramento y de la pasión del Señor», cuando se embriagó: «Noé, mostrando la figura (typum) de la futura verdad, no bebió agua sino vino y así expresó la imagen de la pasión del Señor» (3,1). Como puede apreciarse, para Cipriano este episodio de Gen. está cargado de sentido y significación. Viene a ser una «figura», un «tipo», y una «imagen» simultáneamente de la pasión del Señor y del misterio o sacramento, ya que «anticipa», «muestra» y «expresa» ambas realidades.

«Igualmente – prosigue – vemos prefigurado en el sacerdote Melquisedec el sa-

cramento del sacrificio del Señor según lo que la Escritura divina atestigua y dice: "Y Melquisedec, rey de Galem, ofreció pan y vino; fue sacerdote del Dios altísimo y bendijo a Abraham" (Gen. 14,18). En efecto, para Cipriano, Melquisedec es «typees Christi», en cuanto el Espíritu Santo por la persona del Padre dice al Hijo en el Salmo 110,3-4; porque, en virtud de su oficio sacerdotal «ofreció pan y vino», lo mismo que Cristo; es decir «su cuerpo y sangre» (4,1). Y concluye:

«Por tanto, para que la bendición sobre Abraham en el Génesis se pudiese celebrar ritualmente por medio del sacerdote Melquisedec, precedió ante la imagen del sacrificio consistente en el pan y el vino: cuya realidad perfeccionando y completando el Señor ofreció el pan y el cáliz mezclado de vino, y el que es la plenitud completó la verdad de la imagen prefigurada» (4,3).

Estamos ante un pasaje clásico del AT que la literatura patristica usará con profu-

sión como «imago» del sacrificio del pan y vino eucarísticos expresados aquí con el vocablo correspondiente de «véritas». De ahí la terminología tan expresiva empleada por nuestro autor: El sacrificio de Melquisedec es *imagen, precede, prefigura* el de Cristo, el cual perfecciona, completa, lleva a plenitud. Esta exégesis tipológica, tan abundante en el período patrístico, permitirá descubrir los tesoros escondidos de los misterios cristianos en las páginas del AT, de modo que textos, episodios, personajes y eventos de la antigua economía adquieren dimensión cristológica y sacramental, conforme a la lúcida expresión agustiniana: «In vetere testamentum novum latet».

El tercer texto que cita Cipriano es Prov 9,1-5. Dice: «También por Salomón el Espíritu Santo muestra de antemano el tipo del sacrificio del Señor, haciendo mención de la víctima inmolada y del pan y del vino

y aun del altar y de los apóstoles». Y comenta: «Declara al vino mezclado, es decir, anuncia de antemano por voz profética al cáliz del Señor mezclado de agua y vino, para que aparezca que en la pasión del Señor se realizó lo que antes había sido anunciado» (5,1).

Estamos también ante un pasaje «eucarístico» del AT, que Cipriano sin duda ha recogido de la tradición precedente, y que le viene como anillo al dedo para indicar proféticamente la praxis eclesial que defiende, ya que es «tipo del sacrificio del Señor»; lo muestra anticipadamente, y preanuncia o predice la mezcla de vino y agua en el cáliz.

«En la bendición de Judá también está significado lo mismo; en ella se expresa la figura de Cristo, porque debía ser alabado y adorado por sus hermanos, porque debía oprimir el dorso de los enemigos que caían y huían, con las manos con las que llevó la



cruz y venció la muerte y porque él es el león de la tribu de Judá que durmiendo se acuesta en la pasión y se levanta, y es la esperanza de las naciones» (6,1). Sin duda, Cipriano ha recogido del patrimonio precedente la «bendición de Judá» interpretándola en sentido cristológico, esto es, como él mismo denomina «figura Christi» tal como hallamos en Hipólito de Roma (Bend. Jacob et Judae). Por ello cita a continuación Gen 49,11 («Lavará con vino su túnica y su manto con sangre de uva»), comentando: «Cuando se dice «sangre de uva», ¿qué otra cosa se muestra sino que el vino del cáliz es la sangre del Señor?» (6,2).

Con este pasaje nos acercamos al núcleo central del pensamiento de Cipriano: porque necesariamente en el cáliz que «se ofrece y se distribuye al pueblo» (1,1) debe haber vino y no «sólo agua»: porque es únicamente el vino, y no el agua, el que muestra y representa la «domina sanguis». Este breve y denso comentario de Gen 49,11 prepara el más amplio del párrafo posterior.

No atestigua lo mismo en Isaías el Espíritu Santo acerca de la pasión del Señor, diciendo: «¿Porqué son rojos tus vestidos y tus prendas como después de pisar un lagar lleno y prensado?». Y comenta: «¿Acaso puede el agua volver rojos los vestidos o es agua la que se pisa con los pies en el lagar o se exprime en la prensa? En verdad se hace mención del vino, para que en el vino se entienda la sangre del Señor y se predijera por los profetas anunciadores lo que después se manifestó en el cáliz del Señor. Se habla del lagar, de la pisada y del prensado, porque como el vino no puede venderse para beber si la uva no se pisa y se prensa, así nosotros no podemos beber la sangre de Cristo, si antes Cristo no ha sido pisado y prensado y ha bebido el primero el cáliz, en el que brindase a los creyentes» (7,1-2).

Como en 3,1; 4,1; 5,1, (cfr 9,2) también ahora (7,1) establece una correlación entre la

«pasión del Señor», el vino y la eucaristía, de forma que el vino se ha de entender la sangre del Señor, el cual a su vez – como sucede en la pasión de Cristo – ha de ser pisado, exprimido, prensado, para que sea tal. La analogía comparativa confiere realismo, a la vez que fundamenta el uso y símbolo del vino, descartando por ello el empleo del agua.

De ahí que dedique el extenso c. VIII a glosar el simbolismo del agua en las Escrituras: «Siempre que se nombra en las Escrituras Santas el agua sola, se predica el bautismo. Is 43,18-21; 48,21; Jn 7,37-38. 39; Mt 5,6; Jn 4,13)». Y concluye: «Con esto mismo se significa el bautismo del agua salvadora, el cual se recibe una sola vez y no se reitera de nuevo; por lo demás, el cáliz del Señor en la iglesia siempre que se tiene sed se bebe» (8,1-4).

En toda la argumentación bíblica, probablemente nuestro autor ha barajado una colección de textos que debía correr en ambientes cristianos para otros fines, pero él ha usado para probar su tesis. Así parece deducirse del comentario a Prov 9,1-5 (Ep 63, 5,1), que precede a su cita en Testimonio ad Quirinum II, 2: «Que Cristo es la Sabiduría de Dios y del sacramento de su encarnación, y pasión, y del cáliz, y del altar y de los apóstoles que enviados predicaron».

Asistimos, por ello, a una exégesis *tipológica* de determinados pasajes del AT considerados cristológicos, la cual les va a conferir un valor añadido en cuanto figuran, anuncian de antemano los «misterios o sacramentos» de la nueva alianza, incluso en detalles tan importantes como el que es objeto de nuestra atención. Desde Cristo, luz y clave de la Escritura, toda ella contiene en *figura, imagen, tipo* cuanto se esclarecerá por Él y en Él en el misterio por antonomasia de la «ecclesia»: la eucaristía.

CANTAR A LA EUCARISTIA

NUEVOS TIEMPOS, NUEVAS FORMAS

L A caída del Imperio Romano (s. IV) supone un hecho decisivo en la historia de occidente y de la Iglesia católica. No sólo por sus efectos negativos sino también por los positivos. Era, sí, el fin de unas instituciones políticas, de una forma de vida. Pero fue también la incorporación a la Iglesia de unos pueblos; se comenzaba a forjar la Europa que hoy vivimos.

Salvo excepciones, los nuevos pueblos recibían de buen grado lo que el mundo romano tenía de más positivo y, desde luego, la fe cristiana. Surgía una **cultura nueva** fruto de tres influencias fundamentales, la greco-romana, la germánica y la cristiana. Y tendríamos que decir (ahora que se quiere negar el papel del cristianismo en la formación de Europa) que fue

el cristianismo, la fe, quien hizo posible esa integración, esa nueva cultura. Aunque no han faltado quienes quisieran atribuir un papel también decisivo al islamismo. Sin negar cierta influencia, e incluso importante, no podemos decir que fuera esencial en el proceso.

Una nueva era

Este recuerdo de la historia nos parece importante en este tema que nos ocupa. Comenzaba una nueva y larga era que traería nuevas formas de **religiosidad**, de expresar y, en consecuencia, de arte. Las mutaciones históricas y culturales son lentas normalmente. De hecho las formas «**romanas**» pervivirán aun durante siglos, apoyadas, de un modo im-

portante por la **lengua latina** que lentamente iría «degenerando» para dar nacimiento a las lenguas romances.

La Alta Edad Media, fue para la Iglesia época de tribulaciones, de decadencia, en España agrabada por la invasión musulmana y las luchas de reconquista.

Fueron los monasterios los centros que conservaron la herencia cultural, que hicieron posible una marcha que culminaría en el Renacimiento. Las Universidades creadas por la Iglesia en torno a las catedrales, fueron el motor en esa etapa.

El comienzo del Milenio vería un resurgir en la Iglesia, en sus instituciones, en la piedad popular y literatura religiosa. Ya el número de himnos religiosos que se cantaban o recitaban, tanto en las misas como en el breviario, era numeroso. Una edición clásica de estos himnos editada en Leipzig comprende 58 volúmenes con más de 30.000 composiciones poéticas.

Este resurgir devocional va a coincidir también con nuevas manifestaciones espirituales, que van a desembocar en lo que se llamó «devotio moderna» y que se caracterizaba por un marcado **persolanismo e intimismo**.

Una fecha decisiva

En este marco histórico y cultural la devoción a la Eucaristía y las expresiones poéticas de ella, se van a encontrar con un hecho decisivo: la **institución de la fiesta del Corpus Christi**. Esta fiesta instituida para toda la Iglesia por el Papa Urbano IV por la Bula pontificia «TRANSITURUS», fechada en Orvieto, el día 11 de agosto de 1264, marca un hito en la devoción católica a la Eucaristía. Es muy interesante la historia de la festividad pero no nos vamos a detener en ella. No obstante tenemos que destacarla como clave en el tema que nos ocupa: poesía y Eucaristía.

La fiesta no nacía espontáneamente. Desde el comienzo del milenio se daba ya en toda la Iglesia un resurgir de la devoción eucarística. Los motivos de este resurgir están aún a medio estudiar. A esta devoción popular contribuirán, más tarde, las revelaciones de la Beata Juliana de Prétine (1193-1298) y una serie de **milagros eucarísticos** de los cuales el más famoso es el de Bolsena, ciudad italiana del Lacio, cerca de Orvieto, ocurrido en el año 1263. A ello hay que añadir las controversias teológicas que suscitó el teólogo Berengario al explicar la presencia de Cristo en la Eucaristía de un modo puramente espiritual y simbólico, no de un modo **real** como siempre había creído el pueblo cristiano y expresado la doctrina oficial de la Iglesia.

Grandes composiciones poéticas

Antes del siglo XIII nos encontramos con una gran tradición de **Secuencias o Himnos** litúrgicos. Baste recordar el «VENI CREATOR» (de Rabano Mauro en el siglo IX, la secuencia pascual «VICTIMAE PASCHALI LAUDES» (de Wipo Burgundio del siglo XI), recordemos del siglo XII el precioso poema «JESU DULCIS MEMORIA», del siglo XIII la secuencia de Tomás de Celano «DIES IRAE, DIES ILLA» para la misa de difuntos y la secuencia «VENI CREATOR SANCTE SPIRITUS» atribuida a distintos autores, pero en cualquier caso, auténtica joya de la poesía y de la música gregoriana. Más adelante ya del siglo XIV, la preciosa secuencia de Jacopone de Todi «STABAT MATER DOLOROSA».

La restauración de la fiesta del Corpus da ocasión a la composición de unos textos que por su importancia, su difusión y su belleza exigen -aunque sea de manera rápida- nuestra atención.

Nos referimos a los textos que para la liturgia de la fiesta del Corpus, fueron encargados a **Santo Tomás de Aquino**. Son bien conocidos y aun se usan aunque -por desdicha- por la pérdida del gregoriano y del latín se vayan irremediabilmente olvidando.

Ya en otro artículo (LA LÁMPARA n.º 3, pág. 10 ss.) hacíamos referencia a la fiesta del Corpus y de su origen centrándonos entonces en los **Autos Sacramentales**, especialmente los celebrados en Madrid, ya que estos formaban parte importante de la celebración, muy especialmente en los siglos XVI y XVII.

Santo Tomás de Aquino (1225-1274), el gran teólogo, era entonces consultor teológico del Papa Urbano IV y este le encomendó la redacción de los textos litúrgicos para la misa y servicio de la fiesta del Corpus. A **Santo Tomás** debemos los cuatro grandes himnos y las dos secuencias que desde entonces ha venido cantando la Iglesia:

- PANGE LINGUA. Canta lengua.
- VERBUM SUPERNUM PRODIENS. El Supremo Verbo que se ha manifestado.
- SACRIS SOLLEMNIS. A esta conmemoración sagrada.
- ADORO TE DEVOTE. Te adoro con devoción.
- AVE VERUM CORPUS NATUM. Te saludo verdadero cuerpo nacido.
- LAUDA SION SALVATORUM. Alaba Sión a tu Salvador.

No podemos dedicar todo el espacio que merecerían estas poesías pero sí vamos a detenernos un poco en ellos.

En estos himnos «el vigor de la forma, la economía de la expresión, la exactitud escolástica de la exposición doctrinal se unen a una habilidad métrica que debe tanto al genio del poeta como al estudio de los predecesores» (F. J. C. Raby, en *LÍRICA LATINA MEDIEVAL II* pág. 104 BAC. De esta obra, debida a Marcos Casquero y Oroz Reta, tomamos la traducción

de los textos y algunas de sus ideas).

No ha faltado quien afirmase la preponderancia excesiva del «teólogo» sobre el «poeta». Indudablemente el contenido de estos himnos expresa y resume de tal modo la doctrina católica sobre la Eucaristía que pueden hacernos descuidar aspectos estéticos y afectivos que acompañan al contenido teológico.

Santo Tomás era un gran filósofo y teólogo pero era también un **santo**; a su razón acompañaba una sensibilidad y un corazón que aparecen en estos himnos eucarísticos que comentamos.

No podemos detenernos en aspectos formales de estas composiciones, baste recordar que su métrica denota un gran conocimiento de textos y formas anteriores. El **Pange lingua** comienza con un verso de Venancio Fortunale (siglo VI) de un poema dedicado a la Santa Cruz y que está aún en el breviario latino en los oficios de Semana Santa. El **Verbum supernum prodiens** es el primer verso de un poema de Adviento de autor desconocido del S. XII.

Los himnos de Santo Tomás no son sólo teología y razón, sino también sentimiento y piedad. Recordemos el más breve de ellos: el **Ave verum corpus natum**:

*Yo te saludo, verdadero Cuerpo nacido
de María, la Virgen;
Cuerpo que en verdad padeció y fue inmolado
en la cruz para salvar al hombre;
su costado atravesado
vertió verdadera sangre
sírvenos de protección
en el juicio de la muerte.
¡Oh dulce y benigno
Hijo de María,
apiádate de mí!*

Sobre el contenido de los himnos de **Santo Tomás**, volveremos más despacio en el próximo número de nuestra revista.

JESÚS GONZÁLEZ PRADO

ALGO DE HISTORIA

EL BAILE DE LOS «SEISES»

La piedad popular no se resignaba a celebrar la Institución de la Eucaristía sólo en el ambiente triste del Jueves Santo. Ciertamente la Eucaristía es el Memorial de la Pasión del Señor; pero es asimismo la presencia corporal entre nosotros del Resucitado. Y la presencia de Dios es la única fuente permanente de la verdadera alegría.

El pueblo deseaba celebrar de modo festivo y gozoso la presencia real del Señor bajo las especies sacramentales, y así comenzó a hacerse esporádicamente en varios lugares. El primer obispo que instituyó una fiesta especial para ello fue el de Lieja, Monseñor Roberto Torote en 1246. El entonces canónico arcediano de la catedral fue elegido Papa con el nombre de Urbano IV en 1261. Con su Bula *Transiturus de hoc mundo* (año 1264) extendió a la Iglesia Universal la Fiesta del Corpus Christi y su Octava, cuyo Oficio compuso Santo Tomás de Aquino (1225-1274). Pero la muerte del Papa retrasó la puesta en marcha de su Bula fundacional, que, confirmada por el Concilio de Viena (1311-1312), presidido por Clemente V (1305-1312), sólo entró en vigor bajo el Pontificado de Juan XXII (1316-1334).

Característica especial de la celebración fue desde el principio la *Solemne Procesión con el*

Santísimo, que el Concilio de Trento recomienda en el cap. 5 de la Sesión XIII (11 de octubre de 1551): «Declara además el Santo Concilio que muy piadosa y religiosamente fue instituida en la Iglesia de Dios la costumbre de que todos los años, determinado día de fiesta, se celebre este excelso y venerable Sacramento con singular veneración y solemnidad, y reverente y honoríficamente sea llevado en *Procesión por las calles y lugares públicos*». Véase *El Magisterio de la Iglesia* (Barcelona, Herder, 1963), n. 878.

Muy pronto el pueblo trató de expresar su júbilo por la Presencia Real de Jesús en la Eucaristía, amenizando la Procesión del Corpus con música y danzas. Así lo hicieron a lo largo de varios siglos en toda España. Trataban de imitar reflejamente la danza religiosa de David en el traslado del Arca de la Alianza desde Quiryat Yearim a casa de Obededom y de allí a Jerusalén: «David y todo Israel *bailaba delante de Dios con todas sus fuerzas*, cantando y tocando cítaras, salterios, adufes, címbalos y trompetas» (1 Cron 13,8 = 2 Sam 6,5).

Un resto afortunado de esa costumbre generalizada — que fue desapareciendo en aras de un falso concepto de irreverencia — se conserva actualmente en los «seises» de Sevilla.

Originalmente bailaban ante el Santísimo en las principales *estaciones* de la Procesión del Corpus: En la actualidad lo hacen –igualmente ante el Santísimo– en el trascoso de la Catedral el día de la Fiesta, y en el presbiterio bajo los días de la Octava.

Aparte del Corpus y su Octava, los «seises» bailan ante el Santísimo en la Fiesta de la Inmaculada y su Octava, y en el Triduo de Carnaval.

Aunque el nombre con que son designados indica el número más frecuente de estos niños cantores y danzantes de las Catedrales, en Sevilla a partir de 1678 –conservando el nombre de «seises»– vienen siendo hasta hoy diez.

El baile de los «seises» ante el Santísimo va acompañado de música y canto. Entre las partituras que actualmente se emplean, destacamos la del Maestro Eduardo Torres (1872-1934) que comienza con las palabras que sirven de título a nuestra Revista. La música lleva fecha de 7 de enero de 1911 (el año del Congreso Eucarístico de Madrid), y la letra es del poeta sevillano Muñoz y Pavón.

El texto juega con la *lámpara* que arde ante el Santísimo, y con el *incienso* que se quema ante el Señor Sacramentado.

Introducción

Lámpara del Santuario,
perfume del incensario,
emblema de adoración,
prestad benévolo oído.

De un pecho de amor herido
oid la eterna canción.

Lámpara del Santuario,
perfume del incensario,
que va a empezar mi canción

Estríbillo...

Oh dulce Amado,
sacramentado,
bajo la especie
de blanco pan.
Manjar de vida
que serafines
y querubines
envidiarán...





Lámpara tuya
quisiera ser,
y ante tus ojos
de amor arder
Girón de aroma
del incensario,
flotando encima
de ese Sagrario,
do estás cautivo
por mi querer,
por mi querer...

Coplas...

- Mística lámpara
que a solas arde,
mañana y tarde,
junto al altar.
Que el alma mía
que amor inflama,
como en las sombras
tu tenue llama,
arda en amor.
- Grano de incienso
que al cielo sube,
trocado en nube

de grato olor.
Del alma mía
que amor consume
suba contigo:
suba el perfume
de fe y amor.

* * *

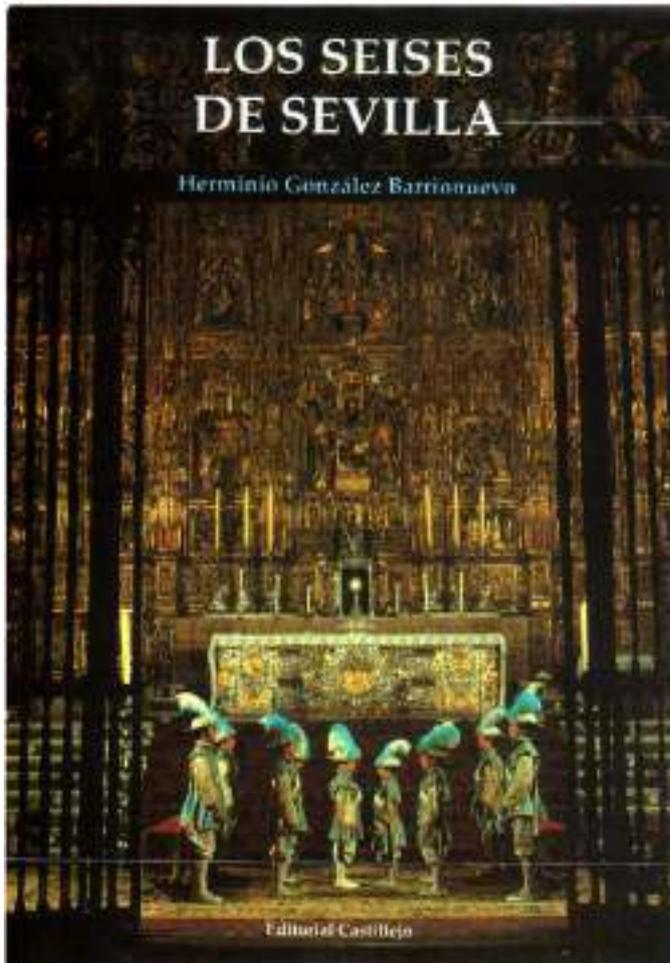
El Papa Juan Pablo II presenció emocionado el baile de los «seises» en Sevilla, y se hizo eco elogioso de su actuación en las palabras con que acompañó el rezo del Angelus en la capital andaluza.

Seguramente pensó lo que graciosamente había comentado en Zaragoza tras presenciar en la Plaza del Pilar una sesión de jotas con letras a la Virgen: «Se me ocurre una cuestión que formular a los teólogos: Si el que reza y canta reza dos veces, ¿cuántas veces reza el que reza, canta y baila?»

* * *

El recientemente beatificado, Manuel González García, Arcipreste de Huelva y Obispo de Málaga y Palencia, ha sido nombrado Patrono de los «seises», oficio que de niño ejerció en la Catedral de Sevilla.

SALVADOR MUÑOZ IGLESIAS



Herminio González Barrionuevo,
Los Seises de Sevilla

(Sevilla, Editorial Castillejo, 1992).
324 páginas.

Los interesados en conocer la institución y actuaciones de los «seises» sevillanos encontrarán en esta obra cuanto deseen saber sobre el tema. El autor, titulado en Musicología por los Conservatorios de Valladolid y Madrid, y especializado en Gregoriano y Música Sacra por el Pontificio Instituto de Música Sacra de Roma, ocupa el cargo de Maestro de Capilla de la Catedral Sevillana desde 1985.

En este libro exhaustivo – como reza la solapa de su editor – «aborda con la mayor precisión y claridad cuestiones como el origen de los «seises», su nombre y su número, dónde y cómo vivían en siglos pasados, de cuándo datan sus bailes y cómo son los actuales, cuándo comenzaron a danzar y por qué lo hacen tres veces al año – Fiesta del Corpus y su Octava, Fiesta de la Inmaculada y su Octava, Triduo de Carnaval –, cuál es el origen y forma de sus trajes, las partituras conservadas y la época a que se remontan las que se interpretan actualmente, e incluso otros aspectos no menos interesantes, como es el caso de ciertas tradiciones que circulan popularmente alrededor de los niños danzantes».

Acompañan al estudio numerosos documentos de carácter histórico y bellas ilustraciones de los niños cantores y danzantes de la Catedral sevillana con sus vistosos uniformes.

La «LÁMPARA DEL SANTUARIO» se honra presentando este libro, por tratarse de algo directamente relacionado con el culto al Santísimo Sacramento.

SALVADOR MUÑOZ IGLESIAS

VIVIERON LA EUCARISTÍA

SAN PEDRO-JULIÁN EYMARD

FIGURA relevante en la espiritualidad francesa del siglo XIX ostenta la aureola de Fundador de un Instituto Eucarístico. El Padre Eymard decía de sí mismo: «Yo he estado un poco como Jacob, siempre en camino». Daba a entender que se sintió llamado a ser peregrino de Jesús Sacramentado ante cuyo misterio vivía abismado en una constante actitud de humilde adoración.

Síntesis biográfica

Nació el 4 de febrero de 1811 en la diminuta aldea de La Mure d'Isere en Grenoble, Francia, y desde pequeño se sintió atraído por la vida consagrada. Fue el más pequeño de una familia compuesta por diez hermanos de los cuales sobrevivieron sólo él y una hermana. Su padre fue un rico labrador, arruinado durante la Revolución Francesa, que se vio obligado a rehacer su vida actuando como afilador ambulante. Su madre, una santa mujer lo llevaba a diario a la Iglesia para recibir la bendición del Santísimo. Cuando en cierta ocasión desapareció de su casa, lo buscaron por todas partes sin sospechar que lo encontraría

an subido en una escalera junto al Sagrario. Al ser interrogado qué hacía allí respondió candorosamente: «Nada: sólo hablaba con Jesús».

Se afirmaba de él que había nacido con vocación religiosa. En 1829, a los 18 años entró en el Noviciado de los Misioneros Oblatos de María Inmaculada, pero no pudo perseverar por motivos de salud. Regresó a casa para morir dada su situación de desahuciado. Los fieles de La Mure, su aldea natal, se reunieron en la Iglesia y pidieron por el agonizante. Dios escuchó estas plegarias y el joven sanó. No fue readmitido entre los Oblatos, pero el propio Fundador P. Mazenod, lo presentó ante el Rector del Seminario de Grenoble donde prosiguió sus estudios eclesiásticos hasta ser ordenado sacerdote el año 1834. Durante un quinquenio estuvo entregado a la vida parroquial en Chatte y Monteynard. Pero él deseaba, sobre todo, santificarse como su entrañable amigo el Cura de Ars, Juan María Vianney. Desapareció de su parroquia y se refugió en el noviciado de los Padres Maristas de Marsella. Su ilusión era ser misionero en la lejana Oceanía, pero el Señor lo quería en Francia primero como director espiri-

tual, después como Superior Provincial y más tarde como director de la Tercera Orden de María de la que era devotísimo servidor e incansable apóstol. Y fue Ella quien le inspiró su futuro campo apostólico.

Toda su vida Pedro Julián había sido un enamorado ferviente de la Santísima Eucaristía. La Virgen le manifestó su deseo: era preciso fundar una Congregación con la finalidad exclusiva de dar culto a la Eucaristía. En 1856 deja de pertenecer a la Sociedad de María, y funda la Congregación del Santísimo Sacramento. Previamente había consultado con sus superiores y con el propio Papa Pío IX convenciéndose de que ésta era la voluntad de Dios. El nuevo Instituto nacía con un carisma eucarístico claro: El Señor quedaba expuesto día y noche, y los religiosos debían sucederle por turnos en guardia solemne y continua. La obra comenzó a marchar aunque con pasos lentos. Llegaban postulantes pero se cansaban pronto ante las exigencias de una adoración permanente.

Juntamente con los objetivos de la nueva Sociedad, fomentó la difícil obra apostólica de la Primera Comunión de los adultos, que en aquella época y particularmente entre los pobres era rara. Sus esfuerzos pastorales aspiraban a una renovación de la vida cristiana mediante la devoción a la Eucaristía. No quería que el pueblo sencillo se perdiera en «devociones y prácticas periféricas», sino que se dirigiese al centro de la piedad cristiana que es Jesús Sacramentado. Por este motivo se convirtió en promotor infatigable de la Comunión frecuente. En su nobilísimo afán de dar impulso al culto creciente a la Eucaristía, promovió la fundación de una Congregación de Religiosas Siervas del Santísimo Sacramento dedicadas exclusivamente a la Adoración perpetua. Se valió para ello de una extraordinaria mujer, la Srta. Tamisier cuya alma modeló cuidadosamente el P. Eymard sembrando en ella grandes inquietudes eucarísticas.

Se convertiría más adelante en la organizadora de los Congresos Eucarísticos que se iniciaron en la ciudad francesa de Lila el año 1881. Había muerto ya el gran Apóstol que vió aprobado su Instituto en 1863, aunque la rama femenina no

consiguió la aprobación definitiva de la Santa Sede hasta 1871. Florecieron, todavía en vida del P. Eymard, los «Grupos del Santísimo Sacramento» y la «Asociación de Sacerdotes Adoradores» como gozosos brotes del Instituto establecido por el Santo Apóstol. Sus incansables andanzas misioneras por todos los caminos de Francia le hicieron difundir su firme ideal eucarístico.

En su vida de relación con Dios se muestra un místico profundo. En diversas ocasiones habla de experiencias místicas durante las cuales el Señor le hace ver algunos de los proyectos que debe realizar. Su espiritualidad personal y actividad pastoral giraron siempre en torno a la Eucaristía: la presencia real de Jesucristo es la fuente de todo su dinamismo espiritual. La devoción eucarística constituye el aspecto más profundo de su vida de unión con Dios, en la cual no faltó la noche oscura de rechazos y contradicciones.

Se acerca el ocaso para este gigante espiritual, que vuelve a su tierra natal para disponerse a exhalar su último suspiro a la sombra de la parroquia cuyo Sagrario le cautivó desde niño. La Virgen ha conducido sus pasos a través de una austera peregrinación llena de cruces y abandonos. Una tarde de mayo de 1868, después de haber predicado acerca de las relaciones de María con la Eucaristía, termina así su plática: «¡Honremos a María con el título de Nuestra Señora del Santísimo Sacramento!» Y desde este día surge un título mañano, nuevo en su formulación, pero viejo en su contenido. Tres meses más tarde, el 1 de agosto entregaba al Señor su limpia alma, rodeado de su familia y un solo compañero. Tenía 57 años. Fue beatificado por Pío IX el Año Santo de 1925, y canonizado por Juan XXIII en 1962. Los Padres Sacramentinos -que así se llaman los miembros de su Instituto- se encargaron de prolongar su carisma eucarístico, hoy más urgente que nunca.

Una vida al servicio de la Eucaristía

En una de sus mejores biografías, su autor A. Guitton -a quien seguimos en nuestro esbozo

biográfico- hace dos preguntas a la hora de ofrecer su imagen: «¿Quién era el P. Eymard? ¿Qué fisonomía atribuirle?» El testimonio de un antiguo alumno es contundente: «Sólo su mirada constituía una predicación elocuente. Parecía una copia viviente de Jesucristo, entusiasmando a las gentes para que le siguieran. Nosotros nos mostrábamos ávidos de contemplar su figura angélica y de escuchar sus palabras que nos parecían venir del cielo».

Varios testigos insisten en la fuerza fascinante de su mirada. Así lo recuerda, a medio siglo de distancia, una piadosa y culta señora: «Siempre estuve impresionada de su mirada, profunda, serena y ardiente todo a la vez como transida de luces sobrenaturales. Parecía sumergido en otro mundo sin perder por eso una palabra de lo que se le decía, ni dejar de responder a todo con su lucidez habitual. En él la vida sobrenatural lo absorbía todo. Un hombre así sólo puede ser un santo».

Su vida estuvo entregada íntegramente a la Eucaristía con pláticas, sermones, retiros, ejercicios, encuentros y actos especiales, en los lugares más diversos dentro y fuera de Francia, ya que en 1859 fue invitado a predicar en Roma sobre el tema **Epifanía y Realeza de Jesucristo**. Escuchemos cómo narra sus interesantes experiencias: «He predicado la Octava del Santísimo Sacramento y confieso que me siento muy feliz de hablar a mi gusto de nuestro buen Maestro (...) Acabo de predicar la Novena al Sagrado Corazón. He hablado de su amor, de la ingratitud de los hombres, de la falta de almas fieles y entregadas que se den enteramente a Él».

Su carisma de Fundador se expresa en los artículos de las Constituciones que se refieren al fin de la Congregación aprobada el 8 de mayo de 1863 por Pío IX. Dicen así: «La Congregación del Santísimo Sacramento se consagra con toda su alma y todas sus fuerzas: 1.º) A dar ante todo y por todos sus hijos un culto solemne y perpetuo de adoración a

Nuestro Señor Jesucristo, que está perpetuamente en el Santísimo Sacramento del Altar por amor a los hombres; 2.º) A entregarse al amor y a la gloria de este augustísimo Sacramento mediante el apostolado de cada uno de sus miembros que bajo la guía de la Inmaculada Virgen María deben dedicarse a él en la medida de su gracia y de sus virtudes».

Su ideal resplandecía plenamente perfilado: **Vivir plenamente el Misterio de la Eucaristía y revelar su significado para que llegue al Reino de Cristo y se manifieste en el mundo la gloria de Dios**. Valga por muchos este último testimonio: «¡Amaba tanto a Dios y a la Eucaristía! Ha sido en verdad el sacerdote y el apóstol de la Eucaristía. Pedía sacerdotes de fuego. Era un sacerdote de fuego él mismo y encendía el fuego en las almas».



El mensaje del P. Eymard es actualísimo: la adoración contemplativa perpetua del Santísimo Sacramento. No hay otro antídoto contra el enfoque pragmático o activismo desenfrenado de tantas obras apostólicas, que decaen por falta de savia interior y sobra de protagonismos humanos. San Pedro-Julián perteneció a una pléyade de santos franceses que ocupan todo el siglo XIX: el P. Chevrier, Eugenio Mazenod, Cura de Ars, Paulina Jaricot, por citar algunas destacadas figuras, todas ellas en los altares.

Tuvo talante y garra de fundador con un innegable carisma centrado en la adoración eucarística, que bastantes católicos bajo el nocivo influjo de equivocados prejuicios han abandonado tristemente. Nuestros adoradores nocturnos y lectores de «La Lámpara del Santuario», encontrarán siempre en la amabilísima figura de san Pedro-Julián Eymard un verdadero modelo y maestro de vida eucarística. ¡Cuánto nos ayuda a perseverar en nuestros buenos propósitos el ejemplo cautivador de los mejores amigos de Cristo-Eucaristía!

Algunos textos selectos

1. ¡Oh, yo quisiera adorar a Nuestro Señor como lo adoraba su buena Madre! He hecho una gran petición a Nuestro Señor: que me dé a la Santísima Virgen adoradora como mi verdadera Madre, que me haga partícipe de su gracia, de ese estado de adoración continua mientras llevaba al Verbo Encarnado en su seno tan puro (...). Estoy convencido de que esa sería una de las mayores gracias de mi vida. Voy a hacer hoy todas mis adoraciones en unión con esta Madre de los adoradores, esta Reina del Cenáculo.

2. No deje nunca la Santa Counión diaria; sería abandonar su puesto familiar en el festín de los hijos de Dios. No hay que fijarse ni en su indignidad ni en su esterilidad, sino más bien en su debilidad, la invitación amorosa del Maestro y la compañía de nuestra buena Madre. Vaya siempre, mientras pueda acercarse a la Santa Mesa aunque sea sufriendo: es prueba de que es Ud. esperado. Volverá de allí como el parálitico

de Siloé. Siempre el corazón elevado y contento, siempre el espíritu ágil en el sufrimiento, pero cantando siempre el amor del tiempo y de la Patria eterna.

3. Jesús viene a enseñarnos todas las virtudes. El que no comulga sólo tiene ciencia especulativa. Apenas conoce otra cosa que términos, palabras. Ignora lo que significan. Jesús no se ha manifestado. Puede tener la definición, la manera de caminar, la regla de las virtudes de Nuestro Señor mismo. Es como el ciego del Evangelio que habla de Nuestro Señor y él mismo no lo conocía. Habla de él como de un gran profeta. Cuando Jesucristo se le declaró, él ve a Dios, lo adora. El alma que comulga, que tenía antes una idea de Dios, lo ve, lo reconoce en la Santa Mesa. No se conoce a Jesucristo sino por Él mismo.

4. **Este es mi Cuerpo que será entregado por vosotros.** Ese fue el último acto de Nuestro Señor. Se entregó y no podía hacer nada más. Ya no existía para Él mismo sino para nosotros. Se va a dejar triturar para que nosotros podamos comerlo. Es verdad, ha sido caro este pan. Se dice: el pan está caro. ¿Qué es eso en comparación del pan celestial? Os lo da Nuestro Señor: basta recibirlo. ¡Qué honor, qué amor! Sólo comprenderemos a Nuestro Señor cuando ya no sea tiempo de servirnos de él. Vosotros sois los hombres de la Eucaristía que es vuestra ley y vuestra vida.

5. Nuestro Señor quiere que se dé crédito a su palabra. ¡Nada de milagros sensibles! Misterio de fe por encima de todas las verdades. Creer en la Eucaristía es hacer un acto de fe puro, sin más fundamento que la palabra de Dios. Pedir milagros, visiones de Jesucristo para creer, es insultarlo (...). Pedid pues, a nuestro Señor pura y simplemente fe. Rendidle culto ante todo. Nuestro Señor partirá entonces con vosotros el pan de la gracia. Digamos con confianza y amor: Nuestra Señora del Santísimo Sacramento, Madre y Modelo de los adoradores, ¡Rogad por nosotros que recurrimos a Vos!

Los breves textos seleccionados son tan sólo una pequeña muestra del fecundo magisterio eucarístico ejercido por San Pedro-Julián Eymard.

ANDRÉS MOLINA PRIETO, Pbro.

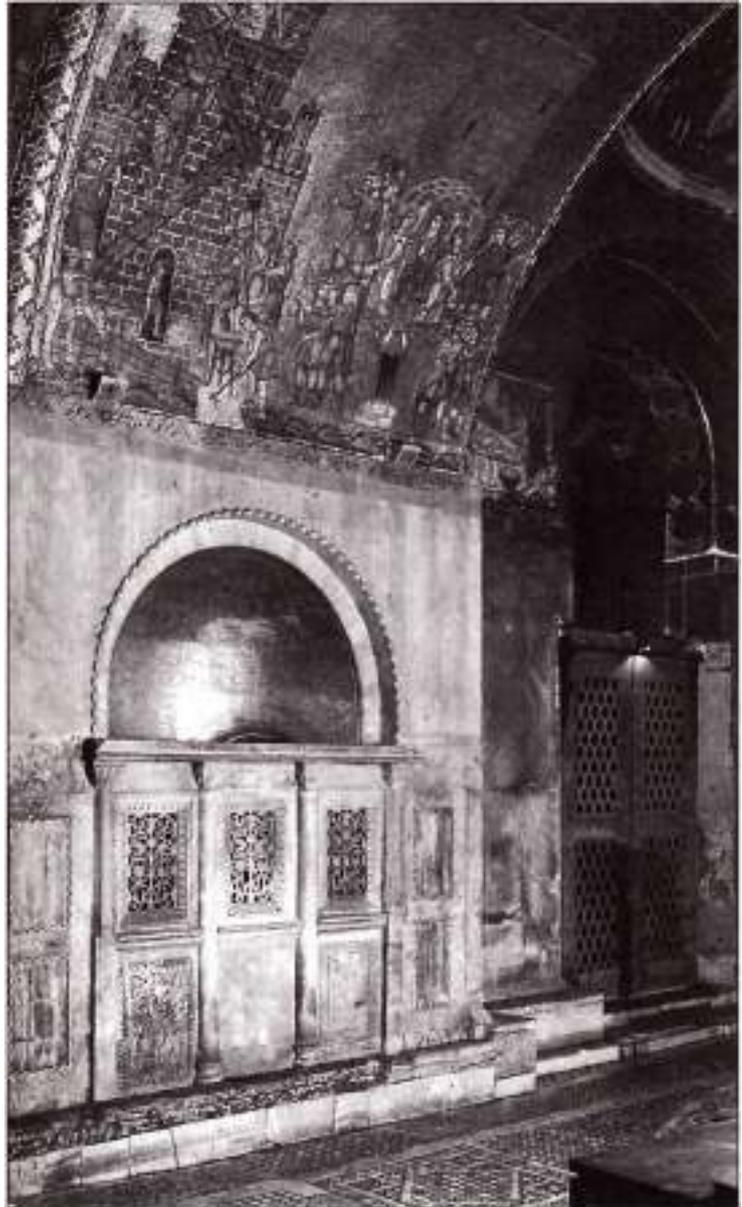
LA MISA EN LA IGLESIA PRIMITIVA

SACRIFICIO SACRAMENTAL

EL Jueves Santo de este año, 17 de abril, promulgó Juan Pablo II una carta encíclica sobre la Sacratísima Eucaristía, con el título «Ecclesia de Eucharistia», esto es, «La Iglesia vive de la Eucaristía». Sin quitar valor alguno a otros actos del largo pontificado de Juan Pablo II, me parece que es lo mejor de los 25 años que lleva en la Cátedra de San Pedro.

Ese documento pontificio encierra una doctrina preciosísima en muchos aspectos que bien se podrían exponer en diversos artículos de nuestra revista. En esta ocasión trato de la Eucaristía como sacrificio sacramental.

Desde hace varios siglos en los tratados sobre la Eucaristía se hacía una distinción entre la Eucaristía como sacrificio y la Eucaristía como sacramento. Esto aparecía incluso en los documentos pontificios, como en la encíclica «Mediator Dei» de Pío XII, en 1947. Hace varios decenios teólogos benedictinos, como Dom Odo Casel, benedictino de María Laach (Alemania), enseñaban que todo en la Sacratísima Eucaristía era de un orden sacramental. Juan Pablo II, ya en su primera encíclica «Redemptor hominis», de 1979, consideraba la Eucaristía en ese mismo sentido y de-





cía: «Sacramento-sacrificio, sacramento-Comunión y sacramento-presencia». Yo mismo divulgué esto en libros y artículos.

El Papa insiste ahora en lo mismo. Ya en la introducción, n. 3 dice que «en la celebración eucarística, los ojos del alma se dirigen al Triduo pascual: a lo que ocurrió la tarde del Jueves Santo, durante la Última Cena y después de ella. La institución de la Eucaristía, en efecto, anticipaba sacramentalmente los acontecimientos que tendrían lugar poco más tarde, a partir de la agonía de Getsemaní». De un modo general lo repite el Papa en el n.º 10 de la misma introducción al evocar las sombras que hoy oscurecen las luces de la Sacratísima Eucaristía por el abandono casi total del culto de adoración eucarística y ciertos abusos que contribuyen a oscurecer la recta fe y la doctrina católica sobre este admirable Sacramento, privado de su valor sacrificial y añade que «la sacramentalidad de la Eucaristía se reduce únicamente a la eficacia del anuncio». De todo esto trata el Papa más adelante detenidamente y sería bueno exponerlo en otra ocasión.

En el capítulo primero, n.º 11 dice Juan Pablo II que «el Señor Jesús, la noche en que fue entregado (I Cor 11,23) instituyó el

Sacrificio eucarístico de su cuerpo y de su sangre. Las palabras del Apóstol San Pablo nos llevan a las circunstancias dramáticas en que nació la Eucaristía. En ella está inscrito de forma indeleble el acontecimiento de la pasión y muerte del Señor. No sólo lo evoca, sino que lo hace sacramentalmente presente. Es el sacrificio de la Cruz que se perpetúa por los siglos». En el n.º 15 habla el Papa de la «representación sacramental en la Santa Misa del sacrificio de Cristo». En el n.º 20 afirma que «el Señor ha querido quedarse con nosotros en la Eucaristía, grabando en esta presencia sacrificial y convida la promesa de una humanidad renovada por su amor».

En el capítulo segundo dice el Papa que «Al ofrecerles como alimento su cuerpo y su sangre, Cristo lo implicó misteriosamente en el sacrificio que habría de consumarse pocas horas después en el Calvario» (n.º 21).

En el Decreto sobre los presbíteros del Concilio Vaticano II se dice en el n.º 5 al tratar de los presbíteros como ministros de los sacramentos y de la Eucaristía: «Por la celebración señaladamente de la Misa ofrecen sacramentalmente el sacrificio de Cristo».

El Papa utiliza varias veces la palabra «actualizar» referida a la celebración de la Eucaristía con respecto al sacrificio de la Cruz. Esta palabra fue utilizada muchas veces por los teólogos antes indicados. La utiliza también el «Catecismo de la Iglesia Católica» en el n.º 1.330, en el que dice: «Santo Sacrificio, porque actualiza el único sacrificio de Cristo Salvador e incluye la ofrenda de la Iglesia».

Según todo esto podemos definir la Santa Misa como la actualización sacramental del Sacrificio redentor del Calvario».

SANTUARIOS EUCARÍSTICOS

CAPILLA DE LA ENCARNACIÓN EN NAZARET

NAZARET es el lugar privilegiado donde el Verbo de Dios asumió, en las entrañas de la Virgen, la Carne y Sangre que, entregada y derramada, nos redimió, y que adoramos y recibimos en la Eucaristía.

Ello hace que la pequeña casa de María sea el Santuario Eucarístico más importante del mundo.

Hoy la cubre una espléndida Basílica en una ciudad de más de 60.000 habitantes, que el día de la Anunciación era un pequeño grupo de casuchas, en parte escavadas en el terreno arcilloso.

Cuando San Lucas comienza su relato diciendo «fue enviado por dios el ángel Gabriel a

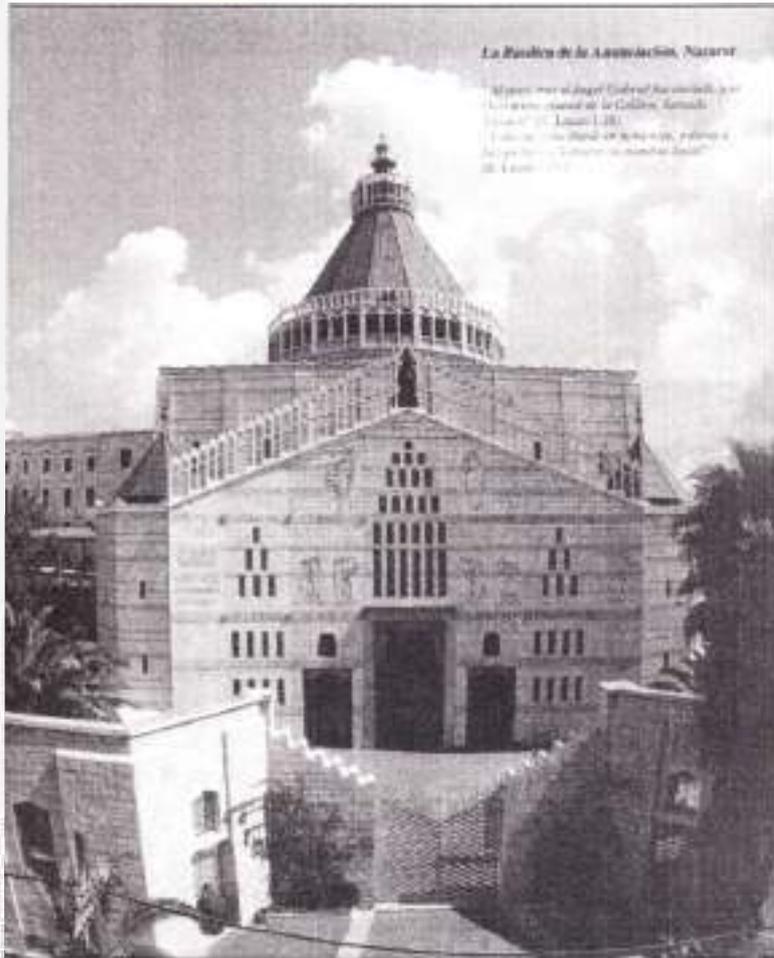
una ciudad de Galilea, llamada Nazaret» (Le 1,26), piensa uno que a cualquier cosa llama el Evangelista *ciudad*.

Nazaret era un pueblucho de nada, sin escuela, sin farmacia, sin carretera...

Si en el cielo hubiera habido reporteros gráficos encargados de cubrir la información sobre el viaje del arcángel San Gabriel a la tierra para buscar una Madre al Hijo de Dios que se disponía a hacerse hombre, habrían fallado sus previsiones; no se les habría ocurrido adelantarse a montar sus equipos móviles y sus tomavistas en esta aldea olvidada de Galilea.



Cripta de la Anunciación. Nazaret.



Basilica de la Anunciación. Nazaret.

Habrían pensado en Roma, la capital del Imperio entonces dominante; o a lo sumo, en Jerusalén, la Ciudad Santa del pueblo elegido; o tal vez, como mucho, en Belén, la patria chica del Rey David, antepasado ilustre del Mesías esperado.

Porque el término del vuelo de Gabriel va a ser una pobre aldehuela perdida en un rincón de Galilea, a trasmano de la Via Maris que transitaban los mercaderes y los soldados, escondida entre montes y olvidada del mundo, que no es mencionada nunca en el Antiguo Testamento, porque nunca debió ocurrir en ella nada importante.

Natanael, que vivía en el vecino pueblecito de Caná, pensaba que «de Nazaret no podía salir cosa buena» (Juan 1,46).

Pero se equivocaba.

Un pueblín sin carretera iba a ser en adelante el kilómetro Cero para todos los caminos —o mejor, para el único Camino— que lleva a Dios.

Un lugar desconocido en el Antiguo Testamento se ha convertido en el escenario de la Encarnación del Verbo.

Y una muchachita humilde, que se tiene por «la esclava del Señor», ha sido elegida para Madre de Dios.

El baremo de los valores según Dios no coincide con el nuestro.

Pero es el verdadero.

Decía San Roberto Belarmino que, vistas desde lo hondo de un valle, las montañas nos parecen grandes y altas, y las estrellas, pequeñísimas. Si estuviéramos donde las estrellas, éstas nos parecerían inmensas, y ni siquiera percibiríamos el relieve de las más altas montañas de la tierra. Y se pregunta el Santo: ¿Cuestión de perspectiva? No. La primera visión era equivocada; la segunda es la cierta.

Lo ocurrido en Nazaret es que Dios ha querido hacerse chico, para acercarse a nosotros.

Sólo Él podía salvar la distancia infinita que le separa de sus criaturas.

Y lo hizo en la Encarnación, asumiendo en la Segunda Persona de la Trinidad nuestra pobre naturaleza humana. Así los hombres, que, antes para hablar con Dios tenían que elevar sus ojos y sus manos a la altura, en la Nochebuena hablan con Él y le adoran mirando hacia abajo, donde Dios niño está reclinado sobre unas pajas.

Todavía tendrá que achicarse más, encerrándose bajo las especies del pan y del vino, para que cada uno de nosotros le pueda tener dentro de sí.

Pero la Encarnación en Nazaret es el prólogo obligado para la Eucaristía.

Ya sé por qué toda alma eucarística es, por ello mismo, fervorosa devota de la Virgen Madre. Si adoramos el Cuerpo y la Sangre de Cristo, si lo recibimos en la Comunión, no podemos olvidar que ese Cuerpo y esa Sangre se gestaron en el seno de María.

Y eso ocurrió aquí: en este rincón de Nazaret.

En la vieja capillita, que conserva la pequeña habitación de la Casa de María, donde Gabriel de parte de Dios solicitó su consentimiento para la Encarnación, hay un letrero que dice: «*Aquí el Verbo se hizo hombre*».

Y podríamos poner otro que dijera: «*Aquí, en el seno de la Virgen, se formaron la Carne y la Sangre de Cristo que adoramos y recibimos en la Eucaristía*».

DE NUESTRA VIDA

PEDRO GARCÍA MENDOZA, PRESIDENTE NACIONAL

LOS días 7, 8 y 9 de noviembre se han celebrado en la Casa de Ejercicios "Cristo Rey" de Pozuelo de Alarcón, las Jornadas Nacionales de Espiritualidad y el Pleno del Consejo Nacional de la Adoración Nocturna Española, en el transcurso del cual fue reelegido Presidente, para un mandato de 4 años, D. Pedro García Mendoza, adorador veterano constante de la Sección Primaria.

En la tarde del primer día, viernes, tuvo lugar la recepción de participantes, así como el saludo del Presidente Nacional. En la mañana del sábado, el Vicepresidente del Consejo Nacional, D. Francisco Garrido, pronunció una conferencia bajo el título de "Reflexiones desde Dentro".

Comenzó haciéndose la pregunta de por qué la Adoración Nocturna decae y disminuye en algunos lugares y por qué crece y aumenta en otros, analizando las que a su juicio pueden ser las causas.

"... *Decae y disminuye allí donde el amor a la Eucaristía se va enfriando; donde uní adoración de una hora resulta insoportable; donde los adoradores, entre una y otra vigilia no visitan al Señor en los días ordinarios. . . .*". "Por el contrario, crece y florece allí donde los adoradores mantienen encendida la llama del amor a Jesús Eucarístico, y viven con toda fi-

delidad las vigilia como el manual y la tradición establecen. . . ."

Partiendo de la escena del Huerto de los Olivos como modelo perfecto de oración, y por tanto de nuestras vigilia, hace hincapié en la dimensión de sacrificio que también éstas deben contener:

"Hemos oído decir muchas veces que la Adoración Nocturna realmente se funda en la noche del Jueves Santo. Acabamos de detenernos en esa oración nocturna de Jesús como modelo de oración, como modelo acabado de nuestra oración de adoradores, pero nuestra vigilia si quiere tomar como modelo la escena del Huerto, no puede desprenderse del componente de sacrificio expiatorio que debe llevar consigo, porque Jesús en la noche en que iba a ser entregado vivió, como nadie, el dolor del sacrificio redentor".

Resalta como características esenciales de la vigilia, la nocturnidad y la adoración prolongada y finaliza refiriéndose a la obligación de apostolado inherente a todo adorador, para que atraiga nuevas almas a la adoración eucarística.

* * *

La segunda conferencia corrió a cargo del limo. Mons. D. Domingo Muñoz León, Dr. en Sagrada Escritura, Investigador del Centro Superior de Inves-

tigaciones Científicas y miembro de la Academia de Doctores, versó sobre "La Adoración Eucarística, en la Encíclica ECCLESIA DE EUCHARISTIA".

Fue una verdadera delicia escuchar las palabras del conferenciante, todas ellas llenas de sabiduría y sobre todo de entusiasmo y convicción sobre el tema.

Hizo un repaso sobre la composición de la 14ª Encíclica de Juan Pablo II, distribuida en una introducción, seis capítulos y la conclusión, deteniéndose especialmente en el capítulo 2º: "La Eucaristía Edifica la Iglesia" y dentro de él en el nº 25, dedicado al culto que se da a la Eucaristía fuera de la Misa, transcribiendo textualmente estas palabras del Papa:

"Es hermoso estar con El y, reclinados sobre su pecho como el discípulo predilecto (cfn 13,25), palpar el amor infinito de su corazón. Si el cristianismo ha de distinguirse en nuestro tiempo sobre todo por el "arte de la oración", ¿cómo no sentir una renovada necesidad de estar largos ratos en conversación espiritual, en adoración silenciosa, en actitud de amor, ante Cristo presente en el Santísimo Sacramento?"

¡Cuántas veces, mis queridos hermanos y hermanas, he hecho esta experiencia y en ella he encontrado fuerza, consuelo y apoyo!"

Tras las conferencias tuvieron lugar sendos coloquios.

Entre la tarde del sábado y hasta el mediodía del domingo, se celebró el Pleno, órgano de gobierno de mayor rango, exceptuada la Asamblea, en el curso del cual se ofrecieron informes de la Presidencia, de la Secretaría y Tesorería, así como de las distintas vocalías que lo componen.

Durante toda la noche del sábado al domingo, se celebró una vigilia, y los actos quedaron clausurados con la Sta. Misa, presidida por el Vicedirector Espiritual del Consejo Nacional, Rvdo. Sr. D. José Feo. Guijarro y concelebrada por los Directores Espirituales asistentes.

Como queda dicho en el titular de esta crónica, en votación, casi unánime (56 de 68 votos), fue elegido Presidente del Consejo Nacional, nuestro hermano Pedro García Mendoza, ¡enhorabuena! y a tu disposición incondicional.

ALCÁZAR



TRES MESES

Madrid, 17/11/2003. El arzobispo de Madrid y presidente de la Conferencia Episcopal Española, cardenal Antonio María Rouco Varela, ha recordado, en el discurso inaugural de la Asamblea Plenaria de los obispos españoles, que «a la distancia de un año, en la coyuntura de las celebraciones del 25 Aniversario de la Constitución Española, ensombrecidas por graves cuestionamientos, por todos conocidos, recobran máxima actualidad las palabras de la citada Instrucción Pastoral «Valoración moral del terrorismo, de sus causas y consecuencias»: «Pretender unilateralmente alterar este ordenamiento jurídico en función de una determinada voluntad de poder, local o de cualquier otro tipo, es inadmisibile. Es necesario respetar y tutelar el bien común de una sociedad pluricentenario».

Otro de los núcleos principales del discurso del Presidente de la Conferencia Episcopal Española ha sido la memoria de la celebración del XXV aniversario del Pontificado de Juan Pablo II. Para el cardenal Rouco Varela, «nadie puede dudar hoy de la absoluta dedicación de Juan Pablo II, en alma y cuerpo, a la misión a la que un día dio su «sí». Su testimonio de la fe en Jesucristo como Redentor del hombre se ha expresado en incontables palabras, proferidas en muchos idiomas, pronunciadas en tantísimos lugares de todo el mundo y escuchadas y repetidas por toda la Tierra. Palabras que han ido acompañadas desde el principio hasta hoy por el sello de una vida gastada y desgastada heroica y casi martirialmente por el Evangelio. En definitiva, un estilo misionero del que bien podemos decir que apenas cuenta con parangones en la historia».

El cardenal arzobispo de Madrid ha anunciado la celebración, el próximo 20 de diciembre, en el Palacio de Congresos de la Castellana, de un acto de homenaje al Santo Padre de toda la Iglesia en España.

Todos somos deudores a las religiosas de clausura

Ciudad del Vaticano, 19/11/2003. Al final de la audiencia general celebrada en el Aula Pablo VI, el Santo Padre recordó que el próximo 21 de noviembre, memoria litúrgica de la Presentación de María Santísima en el Templo, se celebra la Jornada de las Religiosas de Clausura.

«Quiero asegurar -dijo- mi cercanía y la de la entera comunidad eclesial a estas hermanas nuestras que el Señor llama a la vida contemplativa. Renuevo al mismo tiempo la invitación a todos los creyentes para que no dejen que a los monasterios de clausura les falte la necesaria ayuda espiritual y material. Tenemos una gran deuda con estas personas que se consagran completamente a la oración incesante por la Iglesia y el mundo».

Parroquias: Iglesia visible establecida en toda la tierra

Ciudad del Vaticano, 18/11/2003. Juan Pablo II ha escrito un mensaje a los obispos italianos que celebran en Asís (Italia) la LII asamblea general de la Conferencia Episcopal Italiana (CEI). «Vuestra solicitud de pastores -escribe el Papa- se centrará en esta ocasión en el tema (...) de la parroquia, muy oportunamente presentada en el programa de vuestra asamblea como 'Iglesia que vive entre las casas de los hombres. (...) Comparto con vosotros la convicción del papel central e insustituible de la parroquia para hacer posible, y de alguna manera fácil y espontánea para todas las personas y las familias la participación en la vida de la Iglesia. Como afirmaba efectivamente el Concilio Vaticano II (...) las parroquias 'representan de alguna manera la Iglesia visible establecida en toda la tierra».

Telegrama por los atentados en Estambul

Ciudad del Vaticano, 15/11/2003. Ofrecemos a continuación el texto del telegrama enviado por el cardenal Angelo Sodano, secretario de Estado, en nombre del Santo Padre, por los atentados terroristas de esta mañana cerca de dos sinagogas de Estambul (Turquía), que causaron numerosas víctimas:

«El Santo Padre, al tener noticia de los atentados que han sacudido el centro de Estambul, me ha encargado de dirigir a toda la nación y a las personas afectadas su más vivo pésame. Pide al Todopoderoso que acoja en su reino a los difuntos y sostenga a los heridos, a las familias sometidas a una prueba tan dura y a todos los fieles afectados por este nuevo drama que toca a todos los hombres de buena voluntad. Suplica al Altísimo que ayude a los que prestan socorro y a todos los encargados de acompañar a las personas en duelo. El Papa llama de nuevo a los hombres y mujeres de todo el mundo para que se movilicen en favor de la paz y contra el terrorismo, en respeto de la libertad de las creencias y de las convicciones personales, para que la pertenencia religiosa nunca sea fuente de conflictos que ensangrientan y desfiguran a la humanidad».

España: La ley de experimentación con embriones no es la que enjuició el episcopado

Valencia, 19/11/2003. El proyecto de Ley que permite la experimentación con embriones humanos que actualmente se discute en el Congreso de los Diputados de España, no es el mismo que enjuició, en una nota el pasado 25 de julio, la Conferencia Episcopal Española. «Posteriormente, pre-

sumiblemente por presiones de la Comisión Nacional de Reproducción Asistida, este proyecto de ley fue modificado, en términos no muy amplios, pero sustanciales», revela el doctor Justo Aznar, jefe del Departamento de Biopatología clínica del Hospital universitario La Fe de Valencia y destacado exponente provida.

Además, constata en una entrevista concedida a Veritas, la técnica actual hace inviable la experimentación con embriones muertos tras el proceso de descongelación, ya que éstos son congelados en un estado tan primitivo que, para poder aprovechar las células madre, habría que hacer revivir al embrión, desarrollarlo y matarlo posteriormente.

Inaugurado el quinto congreso Católicos y Vida Pública

Madrid, 14/11/2003. El quinto Congreso Católicos y Vida Pública se inauguró este viernes en Madrid con el desafío de reivindicar la contribución de «la cultura católica desde la proposición y no la imposición». El foro, que se ha convertido en un punto anual de referencia en España y que continuará sus sesiones durante este fin de semana, fue abierto por los discursos del nuncio apostólico en España, el arzobispo Manuel Monteiro de Castro, y del presidente de la Asociación Católica de Propagandistas, Alfonso Coronel de Palma.

Uganda: El arzobispo de Gulu, «condenado a muerte» por el rebelde Kony

Lira, 19/11/2003. «Matad a todos los líderes religiosos del norte de Uganda: católicos, protestantes y musulmanes»: es la orden que este miércoles ha dado Joseph Kony, líder del rebelde «Ejército de Resistencia del Señor» (LRA), a sus hombres desplegados en la zona septentrional del país. Fuentes de la agencia misionera «Misna» confirman que la disposición se difundió por la mañana en una frecuencia habitualmente utilizada por los radiotransmisores de las misiones católicas del norte ugandés, muchos de los cuales han acabado en manos rebeldes tras los saqueos de estos años.

Tierra Santa no necesita «muros», sino «puentes»; asegura el Papa

Ciudad del Vaticano, 16/11/2003. Según Juan Pablo II, Tierra Santa no tiene necesidad de «muros», sino más bien de «puentes», en referencia a la polémica barrera divisoria de los territorios palestinos e Israel, condenada por la comunidad internacional. El pontífice expresó por primera vez de manera pública su condena a la iniciativa del gobierno israelí de crear una línea de seguridad fortificada al encontrarse este domingo con varios miles de peregrinos, congregados en la plaza de San Pedro del Vaticano para rezar el «Angelus».

La presencia pública del crucifijo a debate

Roma, 15/11/2003. Se ha enfriado la controversia que tuvo lugar en Italia tras la decisión de un juez de ordenar que se retirara el crucifijo de una escuela, tras la intervención de las autoridades más altas del país para garantizar su presencia. A pesar de las apariencias iniciales, el tema no ha implicado un conflicto iglesia-estado ni un choque cristianismo-islam. Los crucifijos están presentes en las aulas de clase públicas en Italia, y en muchos otros edificios públicos, incluyendo los juzgados. La orden de retirar los crucifijos de las aulas, de la guardería, y de la escuela elemental de la ciudad de Ofena, vino de un juez menor de distrito de Aquila, Mario Montanaro. Siguió a la petición de Adel Smith, presidente de la Unión de Musulmanes de Italia.

Smith, que se ha referido públicamente a los crucifijos como «pequeños cadáveres», es el padre de dos niños que asisten a la escuela. Hace dos años pidió que se retiraran los crucifijos, pero sus esfuerzos no lograron éxito por la fiera oposición de los demás padres. En su decisión, el juez Montanaro afirmaba que Italia estaba experimentando una transformación cultural y que la Constitución requiere el respeto para los seguidores de otras creencias. Declaró que era «anacrónica» la práctica de mostrar los crucifijos en las aulas de clase.

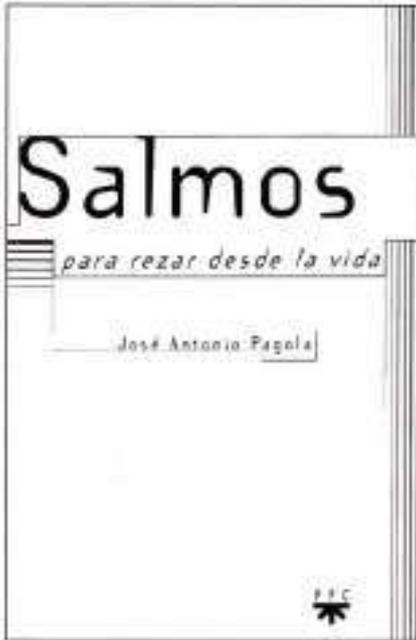
Arzobispo y líderes rechazan permiso para «matrimonios homosexuales» en EEUU

Washington, 19/11/2003. El Arzobispo de Boston, Mons. Sean O'Malley y varios líderes pro-familia, reaccionaron con preocupación a la decisión de la Corte Suprema de Massachusetts que ayer ordenó a la Legislatura estatal aprobar una ley que permitiría el «matrimonio homosexual». Mons. O'Malley consideró que la decisión es «alarmante» porque desconoce «la definición de matrimonio sostenida por los pueblos a lo largo de miles de años». El Arzobispo pidió a los legisladores demostrar «valor y sentido común» para corregir la situación por el bien de la sociedad.

Catedrático recuerda que la Iglesia es la principal defensora de valores humanos

Madrid, 19/11/2003. En el marco del V Congreso Católicos y Vida Pública, organizado por la Fundación Universitaria San Pablo-CEU, Mons. Michael Schooyans, catedrático de la Universidad de Lovaina (Bélgica), recordó que la Iglesia «es la principal instancia que defiende todavía sin ambigüedad los valores humanos esenciales». Durante su conferencia, Mons. Schooyans señaló que «la sociedad civil que propulsa la ONU y la UE se caracteriza por su agnosticismo, su indiferencia frente a la verdad, su amoralismo e incluso su inmortalismo». Luego, el catedrático subrayó que es en este momento cuando «la Iglesia tiene una tarea maravillosa: dar sentido a todo el proyecto de globalización y devolver la esperanza a un mundo frecuentemente desamparado».

EX LIBRIS



JOSÉ ANTONIO PAGÓLA

SALMOS

para rezar desde la vida

Es una obra para orar con los salmos, una nueva manera de orar. El autor hace una introducción con el título «Tú puedes hablar con Dios». Muchas veces necesitamos gritarle a Dios nuestra pena y nuestros miedos. Otras nos sale espontáneamente el agradecimiento. En esos momentos desearíamos hablar con Dios, pero no sabemos cómo dirigirnos a él. ¿Qué podemos hacer?

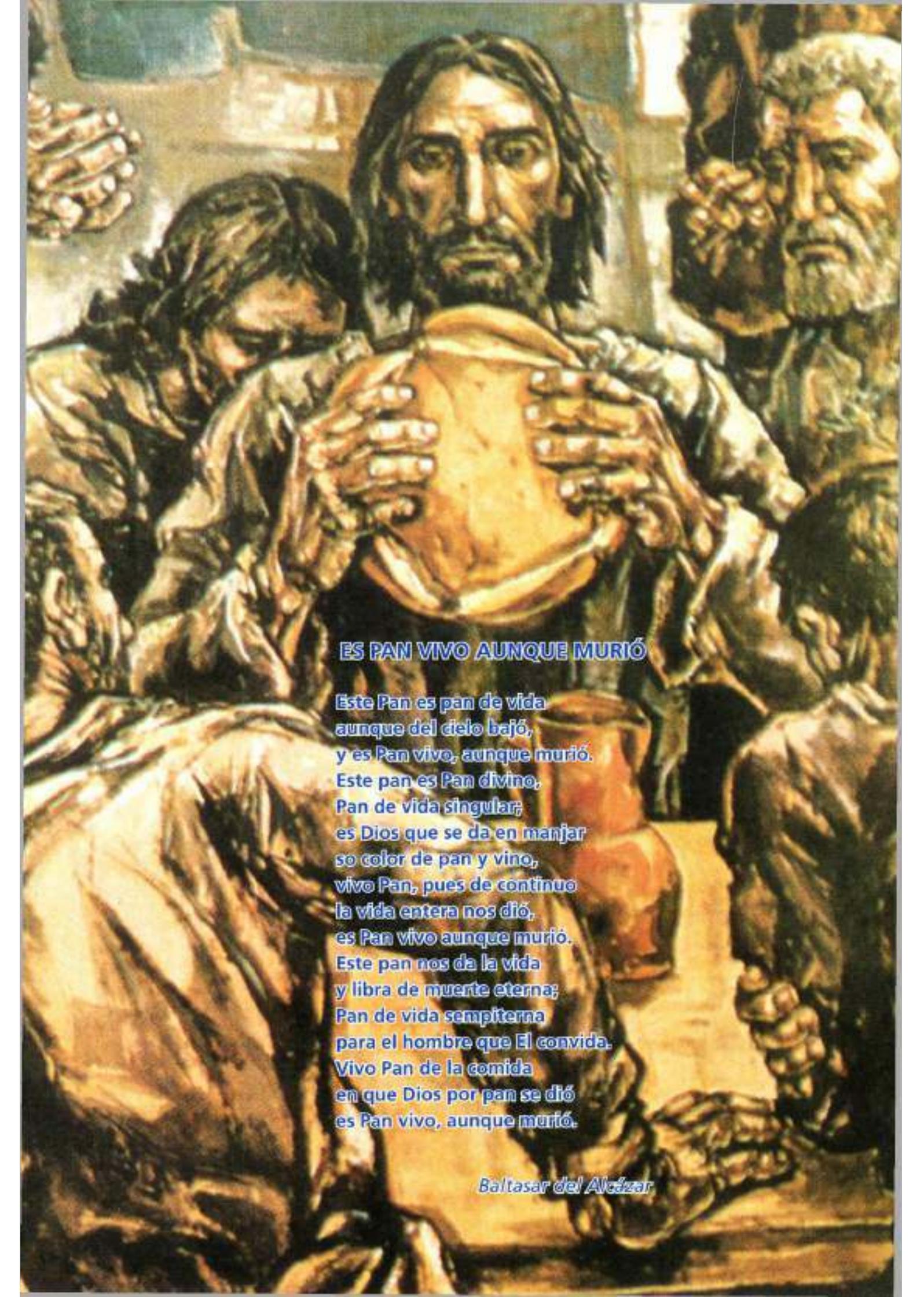
No hay oración tan acabada como la que brota del corazón de los creyentes que utilizan los salmos. Jesús, María y los discípulos rezaron a Dios recitándolos o cantándolos. A veces nos encontramos con expresiones extrañas que no se entienden. Los salmos han nacido en una cultura muy diferente a la nuestra. La recitación comunitaria tiene, sin duda, un gran valor y permite que vayan resonando ante Dios los sentimientos que se viven en la Iglesia y en la humanidad entera, pero sentimos la necesidad de rezar despacio, saboreando las palabras y dejándose penetrar por el salmo.

«Salmos para rezar desde la vida» es un libro confeccionado con el fin único de ayudarnos a orar. No es la versión íntegra de los 150 salmos, sino solamente lo que se puede entender sin dificultad. Si se recitan despacio esos versículos seleccionados sentiremos que los salmos expresan lo que tenemos en nuestro corazón, y sobre todo aprenderemos a hablar con Dios. Los salmos no están ordenados según el ritmo de la Liturgia de las Horas. En la primera parte están distribuidos por estados de ánimo o situaciones en un momento determinado. En los salmos resuena la vida real, con sus alegrías y sus penas, con sus inquietudes y gozos. Si en cada momento se sabe escoger el salmo adecuado, se podrá decir a Dios lo que el corazón necesita expresarle: la alegría o el dolor, los miedos o la acción de gracias. Están distribuidos los salmos en veintiocho títulos o situaciones. La segunda y tercera parte son una selección de invocaciones y súplicas entresacadas de los salmos y de los evangelios, frases breves que en pocas palabras dicen mucho. Si se encuentra alguna que coincide con lo que se está viviendo, se podrá grabar en el corazón y repetirla siempre que se quiera elevar el corazón a Dios.

En la última parte de la introducción el autor propone un método para utilizar el libro. Lo primero que se ha de hacer es preguntarse, ¿cómo me siento en este momento? Dentro de mí hay paz y alegría o, tal vez, confusión, tristeza o miedo. Me siento solo y perdido o mi corazón está lleno de confianza en la bondad y en la misericordia de Dios conmigo. Siento necesidad de pedirle perdón o quiero sencillamente alabar su grandeza. Recorro el índice de la primera parte y miro con qué estado de ánimo me identifico más: agradecimiento, alabanza, alegría, cansancio, depresión, miedo... Encuentro ese término en la página correspondiente; leo la breve introducción que puede entonar mi espíritu y luego elijo el salmo o los salmos que quiero orar. Rezo despacio, sin prisa, saboreando las palabras, parándome donde quiera o me apetezca, no sólo moviendo los labios, sino sobre todo con el corazón.

Si no tengo tiempo, no puedo hacer un hueco para hablar despacio con Dios; miro el índice de la segunda y tercera partes: qué me pide mi corazón, ¿dar gracias a Dios? ¿suplicar su ayuda? ¿pedirle perdón? ¿gritarle mis quejas? Elijo la frase que más me dice en ese momento: «Soy tuyo, sálvame». «Tú, Señor, estás cerca». «Dios mío, ten compasión de mí, que soy pecador». «Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero»... Grabo esas palabras en mi memoria, y sobre todo en mi corazón. Las voy repitiendo a lo largo del día: al salir de casa, antes de comenzar una tarea, cuando voy en el coche o por la calle... Nadie puede impedirme hablar con Dios y compartir mi vida con él. Nadie se enterará. Será mi secreto.

Si nos esforzamos un poco veremos que no resulta difícil invocar a Dios con esas palabras nacidas del corazón como si salieran de mí mismo. Sin casi darnos cuenta habremos aprendido a hablar con Dios, que es de lo que se trata.



ES PAN VIVO AUNQUE MURIÓ

Este Pan es pan de vida
aunque del cielo bajó,
y es Pan vivo, aunque murió.
Este pan es Pan divino,
Pan de vida singular;
es Dios que se da en manjar
so color de pan y vino,
vivo Pan, pues de continuo
la vida entera nos dió,
es Pan vivo aunque murió.
Este pan nos da la vida
y libra de muerte eterna;
Pan de vida sempiterna
para el hombre que El convida.
Vivo Pan de la comida
en que Dios por pan se dió
es Pan vivo, aunque murió.

Baltasar del Alcázar